

El correspondiente de París
hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española

Redacⁿ y admⁿ:
37 y 39 rue Mauberge
Paris.

Paris 24 de Setiembre 1888.

Suplemento.

— Sumario: "La Fortuna", por P. Groizard = "Dos perlas"
(poesia), por R. F. Laguirre. = "Un drama en tiempo de Cata-
lina II" (continuacion), por el principe Lubomirski = Miscelánea.

La Fortuna.

†
I.

Una hada de cabellos rubios extendió sus alas de ar-
miño por los aires y llegó a la tierra.

Terminó la fortuna entre sus manos, envuelta en tos-
co papel.

Se posó en la rama más baja de un arbolillo, como
se posan las mariposas en las corolas de las flores, y en una de las
calles más pasajeras de un paseo, y se puso a observar.

¡Cuánta gente pasaba sin mirarlo!

— ¡Dios mío! — pensó la hada, — ¿es que los hombres
miran sólo al suelo?

Y hombres y mujeres seguían el largo camino de
la vida, y si miraban el papel era para despreciarlo sin
interrumpir su marcha.

Alguno, al posar su mirada sobre la cubierta del
coel tesoro, murmuraba:

— ¿Qué será?

— ¿E iba a donde su curiosidad le indicaba; pero
¡ay! la hada oyó decir:

— ¿Quién se molesta a subir por ello? Sería ridículo!

Y continuaba su interrumpido paseo.

Pasaron hombres y hombres, y la fortuna continuaba

sobre la ramita del árbol.

Y aun estaria en él, si no hubiera acertado a pasar un joven que, diligente, extendió el brazo para cojerla.

¡Ole! Debajo de aquella vulgar cubierta ¡cuántos billetes de banco habia!

II.

La hada se subió entonces por los aires, diciendo: — ¡Luzas, hombres, de la fortuna! Ante vosotros estaba, y unos por desidia, y otros por orgullo, la habéis perdido!

Y tenia razon: la fortuna está en todos lados. Buscadla y la hallareis: trabajad y vendrá a vuestras manos.

Pedro Groisart.

Dos perlas.

Una gota de rocío
Dijo a otra gota de llanto:
— "¿Qué vale tu dulce encanto
Comparado con el mío?"

Yo desciendo en los vapores
Celestes del firmamento:
Yo presto vida y aliento
A las purísimas flores."

Y con sarcasmo profundo
La triste lágrima dijo:
— "Yo, con la esperanza, rijo
Las santas leyes del mundo."

Tú, reclinada en el velo
Que la blanca nube cierra,
Vienes del cielo a la tierra;
¡Yo voy de la tierra al cielo!"

R. F. Maquie.

Un Drama en tiempo
De Catalina II.
(Novela, por el principe Lubomirski.)

*
(Continuacion)

Al parecer estaba descontenta; el movimiento nervioso de sus manos, tenia algo del movimiento de las garras de una leona enjaulada. Catalina leia una carta que acababa de recibir de Italia.

En el fondo de la pieza y junto a una puerta, se hallaba un hombre joven y excesivamente hermoso. La presencia de este individuo en aquellas habitaciones explicaba su posicion en la corte: era el amante de Catalina. No obstante, su actitud demostraba que, a pesar de todo, su dominio sobre la emperatriz, no era absoluto.

Los ojos del joven, falsos y crueles en su expresion habitual, se inclinaban temerosos cuando la soberana dirigia sus miradas hacia el sitio donde se hallaba.

Catalina leyó varias cartas, devorando su contenido y dejándolas caer negligentemente sobre el pavimento.

La misiva de Italia, que en un principio le habia impresionado vivamente, yacia con las otras junto a la otomana, y la frente de la emperatriz se iba serenando poco a poco.

Acababa de abrir otra carta. Despues de haber leído diez lineas se estremeció de pronto, y su ligero traje, al separarse, descubrió su desnudo seno y su camisa, que disimulaba imperfectamente las palpitaciones de su pecho.

El joven se adelantó, haciendo además de arrodillarse.

— ¿Están aquí? — exclamó Catalina. — ¿Qué se os ofrece?

— He creído, señora... que debía...

— ¿Conocer mis secretos? — interrumpió la emperatriz, confundiendo con una mirada llena de desprecio.

Todo el carácter de Catalina se hallaba concentrado en aquella mirada.

— Ya que están ahí, id a buscar al conde Panine.

El joven obedeció precipitadamente.

La emperatriz habia vuelto la espalda y con sus crispadas manos estrujaba la carta que acababa de leer.

Trascurrieron cinco minutos, al cabo de cuyo tiempo se abrió la puerta.

La emperatriz emperó a pasearse en todas direcciones por su habitación.

El mismo joven, temblando como una hoja, apareció de nuevo.

— ¡Otra vez vos? - exclamó Catalina. - ¡Y el conde Panine?

El mancelo balbuceó lleno de terror:

— Señora, está en Consejo de ministros y no he podido llegar a su presencia. Como no me conocen en palacio...

Catalina le interrumpió diciendo con enojo:

— Vos que no servís para nada.

El joven se arrodilló, y al verle exclamó Catalina con desdén:

— ¡Cuán débil sois! Contemplaos y vereis que estais livido de miedo. Levantáos - añadió tocándolo con el pie - y anunciadme al Consejo de ministros.

Haciéndose el vestido, siguió rápidamente al joven, y corpeinada y febril atravesó todas las salas del palacio de la Ermita. El centinela que se hallaba junto a la puerta de la sala del Consejo presentó las armas.

Catalina hizo una seña.

El joven abrió de par en par la puerta, y anunció en alta voz:

— ¡Señores, la emperatriz!

Allí estaban el conde de Panine, canciller del imperio y ministro de negocios extranjeros; el príncipe Galitzine, segundo canciller; Zachar Tchernicheff, presidente del Comité de la guerra; Alejo Orloff, gran almirante, llegado recientemente de Italia, y varios otros personajes.

Todos ellos estaban reunidos alrededor de la mesa del Consejo. La discusión había sido tumultuosa. Panine tenía delante un pliego de papel, sobre el cual se veía una pluma de ganso rota por la cólera del ministro.

Alejo Orloff estaba de pie; Tchernicheff, con los dos puños apoyados sobre la mesa, hacía vacilar el trípode, y Galitzine se sonreía limpiándose los dientes con su pluma, sin notar que le manchaba los labios.

Los altos funcionarios del Estado habían tenido una disputa. Al ver a Catalina, los ministros se callaron súbitamente.

El joven se quedó en el umbral; la soberana, con paso rápido, se dirigió a la mesa y dijo:

— Tengo que hablar con vos, Panine. Acercáos.

Y volviéndose hacia el joven, añadió: — Id a mi gabinete, y esperad allí mis órdenes.

(Se continuará)

Miscelánea.

La lógica de un bebé. - La mamá de Calisto corta en pedazos muy pequeños la carne que éste ha de comer; pero apenas termina la operación, el muchacho empieza a tragárselo con una rapidez fenomenal.

- ¡Qué gloton eres! - le dice su papá. ¡No te he dicho que comas pan con la carne?

- Si; pero también me has dicho que no se debe hacer dos cosas a un mismo tiempo.

Al vuelo. - ¿Será posible que pienses en volver a casarte?

- Si; pero me caso con una cuñada.

- ¿Y eso; qué importa?

- Oh! importa mucho. ¿Te parece poco conseguir haber tenido dos mujeres distintas y una sola suegra?

Historico. - Un ricacho de un pueblo convidó a comer a un violinista célebre, y le dijo:

- Supongo que traerá V. el violín.

- Nada de esto; contestó el artista; mi violín no come nunca fuera de casa.

Una respuesta a tiempo: -

- Señorita, ¿accede V. a mis ardientes súplicas, o premia con su amor esta volcánica pasión que consume mi espíritu, o...

- Dios mío, ¿qué hará V., caballero?

- Me levantaré la tapa de los sesos.

- ¡Balle! ¿cómo que V. tiene sesos?

Crónica de los tribunales. - Un abogado se encarga de la defensa de un monedero falso. Las acusaciones eran graves y el delito resultaba completamente probado.

El abogado conferencia con su defendido, y le pregunta:

- Pero, ¿cómo se ha decidido V. a hacer moneda falsa

- Ay, amigo mío! - responde el acusado. - ¿Se figura V. que es tan fácil hacerla buena?

el correspondiente de París
hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española

Redac.ⁿ y Admón:
17 y 19 rue Mauberge
Paris.

Año IV. - Núm: 525.

Paris 24 de Setiembre de 1888.

La situación.

Dejemos a la situación que se reponga un tanto de las sacudidas de sus adversarios, o mejor, que se prepare contra las embestidas que se verá obligada a contrarrestar tan pronto como el Parlamento abra de nuevo sus puertas, y dando de mano, por hoy, a los hombres y a las cosas de Francia, veamos de transcribir de la mejor manera posible la conversación que acaba de tener en esta capital el señor Cánovas del Castillo, interrogado por el reporter de un acreditado diario parisiense, acerca de los asuntos de la política interior en España, y también acerca de las más importantes cuestiones europeas.

— Tal vez yo sea un mal juez en esta cuestión — dice sonriendo el Sr. Cánovas refiriéndose a los asuntos interiores de España — pues no hay que olvidar que soy jefe de oposición y que esta situación quizá no me permite formular un juicio con toda imparcialidad.

En mi concepto, todo va mal, y los negocios están firmemente dirigidos por los hombres que están al frente del poder.

El gobierno se hace ilusiones. — Últimamente esperaba conquistar a los carlistas por medio del viaje de la reina a las provincias afectas a Don Carlos. La reina ha sido bien recibida, habiendose la guardado toda clase de consideraciones. Ya recordareis a ese general carlista que, hallándose al paso de la regente, la saludó con mucha cortesía. Este incidente hizo mucho ruido, y la verdad es que no había para qué. Los carlistas son profundamente monárquicos, y es suficiente que la persona que va a visitarlos sea de sangre real — y con mayor razón la reina, que pertenece

a la antigua Casa imperial y real de Austria - para que ellos le manifiesten y le den las pruebas del más profundo respeto. Pero de esto a mirse...

Nadie ha sido más generoso que yo cuando termino la última guerra carlista. He sido magnánimo con los adversarios; a ninguno he mortificado para nada, dejándoles tranquilos y evitando el inquietarles durante mi larga permanencia en el poder. Si obré así, fue en interés de la paz interior de España, sin necerme en la esperanza quimérica de traer a los carlistas a la monarquía constitucional. Sobre este punto yo no tenía ninguna ilusión.

- Pero los carlistas - preguntole su interlocutor de la prensa parisien - ¿no están divididos en la actualidad, y Don Carlos no ha arrojado recientemente de su partido a un cierto número de sus afiliados?

- Esto - contesto el Sr. Cánovas - no tiene ninguna importancia. Tratábase tan solo de jefes carlistas que se disputaban entre sí la dirección del partido. Ciertamente que pueden haberse producido algunas rivalidades; pero el grueso de las tropas sigue inquebrantable en sus convicciones.

Las provincias carlistas son nuestra Vendée, con la sola diferencia de que han tenido más firmeza que la Vendée misma.

Allí se es carlista porque el padre; el abuelo han guerreado en favor de Don Carlos; está en la sangre y en las costumbres el serlo. Además, no leyendo casi nadie los periódicos, las disputas de los jefes difícilmente penetran en las filas del partido.

- ¿Y el proyecto de matrimonio entre don Jaime y la hija mayor de la reina regente, con objeto de hacer la conciliación de las dos ramas de la casa de Borbon?

- Pich! Jamás se ha tratado seriamente de ello. Por otra parte esta alianza es irrealizable. Don Carlos representa las ideas de la edad media, es decir aquellas que ya no son de nuestros tiempos. Nuestro gobierno, al contrario, es moderno. Nosotros tenemos una monarquía constitucional. Nosotros mismos, los conservadores, somos liberales, tal vez menos que los que se llaman simplemente liberales, pero no por esto lo somos menos, lo cual abre un abismo entre los carlistas y nosotros que es imposible de franquear.

— Y los republicanos; cuentan con muchas probabilidades para derribar la monarquía?

— Son menos de temer todavía que los carlistas. Estos últimos marchan sin razonar. En cambio, los republicanos todo lo examinan y todo lo discuten; así es, que están profundamente divididos. Tienen seis jefes reconocidos, sin contar los subjefes; de ahí su impotencia, que es completa.

— Sin embargo, sublevando al ejército....

— Oh! Puede muy bien suceder que en un momento dado se gane a un puñado de sargentos bajo promesa de hacerlos capitanes; pero todo quedará reducido a una simple asonada sin consecuencia. Las sublevaciones importantes y graves no es ya fácil que se produzcan en el ejército.

La reina regente es una soberana muy inteligente, y el gobierno está completamente a cubierto de sus enemigos.

La paz europea.

La conversación giró entonces sobre los asuntos de Europa. El redactor del Matin dijo entonces al Sr. Cánovas:

— ¿Gree V. en la guerra?

— Yo soy de los que creen precisamente en la paz. Desde luego, no veo qué clase de interés podría impulsar a las potencias a hacer la guerra. Si esta se declarase, lo sería por Francia; y esto bien puede afirmarse que no sucederá.

En Alemania - yo conozco ese país y lo he estudiado - la guerra no se hará sin contar con el sentimiento público, el cual está actualmente por la paz. - Es cierto que no habría necesidad de gran esfuerzo para cambiar ese sentimiento público e inspirarle un nuevo deseo de entrar en lucha con ustedes. Su odio se despertaría fácilmente; para esto bastarían algunas provocaciones que viniesen de esta parte de la frontera.

Y después de todo; ¿por qué se batiría Alemania con Francia? ¿para tomar el resto de la Lorena y alguna otra provincia como la Borgogna? Ningun deseo tiene de ello - así lo creo - y además tal engrandecimiento de territorios es imposible. Cuando se ha tratado de Alsacia y Lorena, Alemania podía pretender - con razón o sin ella; no voy a examinar este punto - que esas provincias habían ya formado parte del imperio, q^{ue} en ellas se hablaba el alemán y, en suma, que no hacía sino recobrar lo que antes le había pertenecido. - Ya no sería lo mismo si Alemania, después de una nueva guerra, quisiera desmembrar nuestro territorio. Ella sabe perfectamente que no ya tan solo la Europa si que también sus propios aliados se opondrían a semejante tentativa. - Si las potencias se vieran libres de obrar a su guisa, nada seguramente tendría que

Paris 24 de Setiembre de 1888.

F. 2.

temer Francia, que ciertamente no constituye el objetivo de ninguna de ellas

— Sin embargo, ¿y la Italia?

— Oh! la Italia se remueve porque le es necesario y, además, porque está en el orden de las cosas. Ella espera siempre poder atrapar un fragmento cualquiera en el caso en que sobreviniera una catástrofe en no importa qué país... Pero las potencias continuarán en el equilibrio actual porque ignoran positivamente de qué lado irían los franceses; y temen en realidad que vosotros no os aprovecheis de sus propias rivalidades y no toméis la revancha cuando se hagan entre ellas mismas la guerra para hacer inclinarse la balanza. — He aquí, pues, porque yo creo en la paz.

— ¿Es V. que entre España y Francia las relaciones sean cordiales?

— Lo han sido siempre. La frontera de ambos países es la más natural que existe; nuestros intereses pueden decirse que son comunes. Por lo demás todas las razones militan en favor de una buena inteligencia de relaciones entre España y Francia. Las relaciones comerciales entre ambos pueblos están muy extendidas y, además, acerca a los habitantes de uno y otros una perfecta comunidad de raza.

Situación de Francia.

— ¿Y qué pensáis de nuestra situación interior? — preguntó el curioso reporter francés al Sr. Cánovas del Castillo.

— Aquí el gobierno parlamentario funciona malísimamente.

Los partidos están demasiado divididos, y falta entre vosotros esa gran corriente, q^{ta} existe en otras partes y que lleva a los hombres de un partido al poder.

El pueblo francés posee dos grandes cualidades: el amor al trabajo y el amor al ahorro. Con estas condiciones se es un gran pueblo; y es gracias a ellas que habéis podido levantaros y rehabilitaros tan pronto y de una manera tan sorprendente, y es también gracias a ellas que el pueblo francés rehace constantemente sus capitales. — Pero esas cualidades exigen precisamente una dirección vigorosa, más fuerte que en ningún otro país donde el pueblo no tiene el amor al trabajo y el amor al ahorro reunidos. — Es necesario que abandonéis las abstracciones y entréis en las vías prácticas, sobre todo porque estáis en un país de sufragio universal, y el sufragio universal se deja guiar por sus intereses y por sus pasiones que nacen de esos mismos intereses.

Estas fueron las últimas palabras ^{de la conversación} del Sr. Cánovas del Castillo, que nosotros nos apresuramos a reproducir in extenso dejando p^{ra} nuestros lectores los comentarios.

Última hora: Todos los periódicos de París, especialmente los de la tarde, publican con extensos comentarios la noticia del fallecimiento del ex-mariscal Bismarck, que aquí ha producido una cierta sensación por el importante y decisivo papel que jugó su acto de traición de Metz en la última guerra.

(Bolsa: 90/0 83'50 = Suez: 2267 = Panamá: 276'50 = N. España: 305.)